

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO Y AZORÍN: UN PASEO POR LAS NUBES

Es nuestra intención, con el presente trabajo, aportar algunos datos de interés para el estudio de la obra de César González-Ruano en relación con su visión personal y literaria del escritor José Martínez Ruiz, más conocido con el pseudónimo que él mismo se otorgó, *Azorín*. Un escritor nacido en Monóvar (Alicante), el 8 de junio de 1873, y fallecido en Madrid –ciudad en la que había fijado su residencia en 1896 y en la que, con algunas interrupciones, vivirá hasta el fin de sus días-, el 2 de marzo de 1967. Un escritor que, a lo largo de su dilatada vida personal y profesional, cultivó la novela, el ensayo, el teatro y, de forma muy especial, el periodismo y la crónica parlamentaria¹.

Pues bien, César González-Ruano fijó en numerosas ocasiones su punto de mira de ensayista y periodista en la figura del que él llegará a calificar como su maestro. Así, en el año 1923 publicó un libro titulado *Azorín, Baroja. Nuevas estéticas. Anotaciones sentimentales. Caprichos y horizontes de pirueta*. Texto al que el autor califica de “crítica ensayística”, y que pretende ser “un libro claro y bueno, un libro sencillo y sereno, sin bilis, sin adulación, sin astucias profesionales².”

El primer apartado de este “ensayo de buena y serena crítica” está dedicado al escritor de Monóvar, José Martínez Ruiz, ‘Azorín’, y comienza con una primera valoración bajo el epígrafe “Prejuicio, confesión y elogio”. De él afirma que sólo leer el

¹ El lector interesado puede consultar todos los datos sobre la vida y obra de Azorín en el libro *Azorín: guía de la obra completa*, de E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1992.

² El libro es propiedad del autor y figura impreso en la imprenta Arizón de Madrid, en diciembre de 1923. La cita corresponde a la explicación que figura al frente del mismo, p. 9.

nombre Azorín “y se obtiene la fórmula imaginativa de la precisión, de la claridad, de lo nimio hecho culto altísimo: ¡Azorín!³”

Y, poco después, González-Ruano realiza una confesión que implica un cambio de actitud y de valoración respecto de la obra azoriniana. Para ello se apoya en una confesión hecha por el propio Azorín respecto de fray Luis de Granada, en el sentido de que, si bien en un principio lo considera retórico y altisonante, después su obra se había ido apoderando de su espíritu. Pues bien, eso mismo le había sucedido al escritor madrileño con la obra de Azorín: “Obra creíamos la suya llena de clasicismo parlamentario y enojoso. Lo supusimos hinchado padre, docto e insoportable, de libros barrocos nacidos al calor de una pechera almidonada y un sentimiento conservador y retrógrado. Un día leímos un elogio de Machado el admirable. Otros leímos sus obras. Hoy, le admiramos⁴.”

Tras esta confesión y opinión general, se da paso a un ensayo sobre su novela *Don Juan* (1922), cuya valoración se realiza en catorce breves capítulos, encabezados por los correspondientes números romanos y por un breve subtítulo entre paréntesis, en alusión a cada una de las respectivas valoraciones que en ellos va realizando.

En la primera valoración, se pregunta González-Ruano si es posible que el autor de *La voluntad* (1902) y de *Antonio Azorín* (1903) -que en su opinión no son “sino ensayos de novelas”-, hubiera podido escribir una novela sometida a un canon novelesco. “¿Habrá hecho el *pequeño filósofo* –que no es pequeño sino porque de cosas pequeñas se ocupa en alto menosprecio de lo grande- una novela clasicista en el fondo pero con un desarrollo –alegría frutal en el paisaje- personal, evolutivo, de concepto moderno con relación a la Obra misma?⁵”

³ Id., p. 13.

⁴ Id., p. 14.

⁵ Id., pp. 18-19.

Pues bien, a esta pregunta se responde el autor del ensayo afirmando que precisamente eso es lo que ha hecho Azorín con su *Don Juan*, una obra que, según él, es “antigua y moderna, como el Amor y el Odio y la Guerra. Antigua y moderna; no moderna y antigua, porque de la palabra básica debe brotar –bajo una primavera creacionista acaso- el neologismo, como sobre la llanura que es firme en las espaldas de la Tierra, debe levantarse la torre de las quimeras: el encaje sutil, arriba; abajo, el ánora de seguridad, el buen pensar añejo y sólido, en el mar de fuego del centro de la Tierra, anclada⁶.”

Poco después, se adentra González-Ruano en la figura del protagonista para realizar una breve valoración sobre la imagen que del mítico conquistador y burlador habían ofrecido Tirso de Molina y José de Zorrilla. A renglón seguido, escribe que “Azorín ha tenido el buen gusto de *dármole* ya arrepentido y buenecito, sin hacer pasar –al lector y al galán- por el viacrucis de sus maldades y de sus aventuras, viudas, fatalmente, de verdadera belleza y originalidad”. Y señala, como “único punto negro en lo albo de la pureza de la Obra”, el hecho de que en el epílogo de su novela, Azorín no hable del “arrepentimiento dulce, quizá pletórico de místico panteísmo, de Don Juan⁷.”

Algo que llama la atención del ensayista es la descripción que hace Azorín del personaje: ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso, con una barbita en punta y con el pelo cortado casi al rape. De donde se deduce que la única analogía que se encuentra con la tradicional figura del Tenorio es la de “esa barbita corta que nunca deberá afeitarse.”

Otra cosa que le causa una negativa impresión es el hecho de que, en el capítulo IV de su *Don Juan*, Azorín realice lo que González-Ruano considera una “nimiedad pueril y erudita”: aportar el censo de población de la ciudad en la que vive don Juan. Es

⁶ Id., pp. 20-21.

⁷ Id., p. 29.

algo que a él le parece “desentonante”, aunque, a renglón seguido, matiza el uso de este calificativo:

La ciudad era típicamente clerical, y solo para *ir sin ir* a esta conclusión, para dejar el comentario –la diatriba para nosotros ¡claro!- a flor de piel sin decirlo por *sí mismo* se comprende, o mejor se disculpa, esta lista que Azorín nos hace. Lo contrario, si ese alarde fuera pedante expansión de un afán erudito, resultaría lamentable, impuro, reprochable⁸.

De la novela valora positivamente el hecho de que Azorín se hubiera sabido desprender de las ataduras que imponía la novela tradicional respecto a las unidades de lugar, tiempo y argumento. De ahí que apunte que “el lugar, el tiempo, la unidad, se pierden en el mar inmenso –fragmentario sin embargo- de la Obra. He aquí pues –ruta acaso triunfal- la acción de un personaje –Antonio Azorín por ejemplo- que aparece, sin explicación ninguna, hoy en la ciudad de X, mañana en el pueblo castellano de Z. ¿Azorín pues, ha hecho una novela, o una *nivola* como decía ocurrentemente el alto ingenio Don Miguel de Unamuno?”⁹

Por el contrario, no le parece nada bien el que don Juan aparezca siempre en la obra “trayendo de la mano a todos los personajes. A nosotros, nos parece un procedimiento de mediana habilidad ecléctica entre la realización nórmica de las novelas del siglo diez y nueve –preocupación de unidad y relación- y un intento de emancipación modernizada y personal¹⁰.”

Otra cosa que llama la atención del lector-ensayista es el hecho de que en el capítulo XII de la novela hable Azorín de un “aurífice viejecito” y, por eso mismo, se pregunta a qué se debería esa predilección de Azorín hacia los personajes viejecitos. Pero no ofrece contestación alguna a dicha pregunta. Probablemente, opinamos nosotros

⁸ Id., p. 34.

⁹ Id., pp. 44-45. En realidad, no andaba nada desencaminado González-Ruano en su apreciación de la ruptura que representa la novela azoriniana respecto de la novela decimonónica. En tal sentido, sería bueno que el lector del presente trabajo pudiera leer el estudio de Antonio Risco titulado *Azorín y la ruptura con la novela tradicional*, Madrid, Alhambra, 1980.

después de haber leído con detenimiento muchas de las páginas escritas por el escritor de Monóvar, esos personajes viejecitos son tan frecuentes en su obra –sólo bastaría con mirar, a título de ejemplo, la gran cantidad que de ellos se pueden encontrar a lo largo de la novela *Antonio Azorín*- porque son un símbolo de la España tradicional, apegada a las costumbres y aquejada de ese terrible mal que significa la inmovilidad. Esos viejecitos, en su mayor parte vinculados a las tierras castellanas, representan a esa España del pasado a la que los regeneracionistas y los autores de la llamada Generación del 98 pretendían modernizar.

De “este libro admirable” destaca el capítulo XVIII, que, según confiesa, le ha producido una “distinta emoción”, como consecuencia de la nota de rebeldía que en él se contiene y que le recuerda al Martínez Ruiz de sus “ensayos juveniles”; aquellos ensayos del todavía José Martínez Ruiz, de convicciones anarquistas, del que “-afortunadamente- casi nadie se acuerda”. Especialmente grato le resulta el final de dicho capítulo, con aquello de “Decía usted querido Pozas, que el principio de autoridad...”, que le merece la siguiente opinión: “¡Formidable y definitiva estética oculta del efectismo! ¡Lógico efectismo de las grandes verdades que no fueron pensadas para solo *hacer efecto!*¹¹”

Una pregunta que se hace González-Ruano al comienzo de su duodécima meditación sobre la novela *Don Juan* es “cómo *atacará* Azorín los problemas de la carne. En tal sentido, toma como ejemplo dos fragmentos concretos. Uno en el que Azorín relata cómo la joven Jeannette contempla su busto en un espejo y, después, se levanta la falda para mirar, con picardía mal contenida, su “pierna sólida, llena, de un contorno elegante, ceñida por la tersa y transparente seda”. El otro es aquel en el que Sor Natividad, en el momento del reposo, se va despojando de su ropa de batista, “sutil

¹⁰ Id., p. 56.

¹¹ Id., p. 62.

y blanquísima”, al tiempo que por su alcoba se esparce “un vago y sensual aroma”. Dos ejemplos muy bien elegidos por González-Ruano para representar ese gusto tan azoriniano por la sensualidad contenida, sugerida por esa mirada tan sutil y certera, propia de quien se regodea en la descripción de las pequeñas cosas y, en este caso, en esos pequeños detalles de la sensualidad femenina que tanto agradan al que podría ser calificado de perfecto *voyeur*.

Como bien afirma González-Ruano, en esos dos fragmentos tenemos “dos prodigios de voluptuosidad admirable, sana, sin decadencia, sin mal gusto. He aquí –pobres discipulillos de Trigo- una lección de erotismo. Una lección sólo comparable con el admirable ejemplo de Pérez de Ayala en sus novelas ‘Luna de miel’ y ‘Los trabajos de Urbano y Simona’, en las que el escritor escamotea la escena culminante –la consumación nupcial de Urbano y Simona- para lección magnífica de probidad y público sentimiento¹².”

Una vez concluida la lectura de la que, para nosotros, constituye la novela de la desmitificación azoriniana del mito donjuanesco¹³, el ensayista González-Ruano resume su juicio crítico sobre *Don Juan* en los siguientes términos:

Una honda melancolía nos invade, derramándonos en el yermo paisaje del Alma: la melancolía de la ruta acabada, del camino recorrido hasta el fin, acaso inútil y estérilmente, como casi siempre que, de modo honrado y sin propósito, se echa a andar, bajo las estrellas, canturreando esas baladas inventadas en el momento, para cantarlas solos, en voz baja, y sin público¹⁴.

Tras su análisis de la novela *Don Juan*, el escritor madrileño va a reservar otro apartado de su ensayo a la novela *La voluntad* (1902), a la que dedicará dos epígrafes valorativos.

¹² Id., pp. 74-75.

¹³ En tal sentido, remitimos al lector a nuestro artículo “La desmitificación de Don Juan”, en *Azorín (1904-1924)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1996, pp. 201-206.

En el primero de ellos, comienza afirmando que se trata de “un libro hondo, nietzscheano. Hay en este libro un personaje, Yuste, sentencioso y triste, que siempre tiene a flor de labio una frase justa de cierto afán definidor y dogmático”. Un Yuste que habla como un iluminado y que, por ello mismo, “parece un hermano menor de Zaratustra¹⁵.” Por otra parte, junto con este “sabor nietzscheano”, el ensayista destaca el hecho de que en todo el libro exista “una preocupación cristiana del dolor”, que se ensalza “en contraposición del placer condenado en absoluto por la ética cristiana¹⁶.”

Otro detalle que destaca el escritor madrileño en el que, en su opinión, tal vez sea “el mejor y más definido libro de Azorín”, es la ausencia de verdadera voluntad, no sólo del protagonista Antonio Azorín, sino también de su creador, José Martínez Ruiz . En tal sentido, comenta González-Ruano que la vida de Azorín, “la ruta del hombre, del escritor y del político, es de una trayectoria quebrada e indecisa. La orientación personal es la típica de los débiles que aspiran a una grata y burguesa consecución de la vida”. Y añade que, según llega Martínez Ruiz a Madrid, “se acoge a la entonces estridente aurora del anarquismo” y, poco después, evoluciona un poco; “de esa postura incómoda pasa a adoptar una menos comprometida y menos romántica: es el momento en que el Hombre se hace republicano [...] Luego el Hombre se hace maurista –creo; no estoy seguro, y además no me preocupa hasta el extremo de molestarme en investigarlo. Por último, el Hombre se afilia al partido de don Juan de la Cierva. Vedle amparando sus espaldas políticas en el paredón incomprensiblemente fuerte y en pie aún, de ese murciano funesto¹⁷.”

Y ésta es su dispar opinión sobre el Azorín político. En cambio, la valoración artística es mucho más positiva, permanente y consistente: “En cuanto a la Obra, Azorín

¹⁴ Op. cit., p. 93.

¹⁵ Id., p. 95.

¹⁶ Id., p. 96.

¹⁷ Id., pp. 101-102.

bebe siempre en fuentes clásicas y seguras que dejan en su labor –la garganta cerebral ha lanzado su voz refrescada en esas fuentes- un hondo sedimento de seguridad firme en el estilo y más aún en el procedimiento¹⁸.”

A continuación, realiza una única valoración sobre la obra de Azorín *El político* (1908), según él, inspirada en fuentes directas de “El príncipe” de Maquiavelo. En opinión de González-Ruano, el libro recoge un “manejo de máximas y consejos –máximas extensas, en capítulos- escritos en claro y sentencioso estilo clásico¹⁹”. Ahora bien, sucedería que, a veces, algunos de esos consejos “son de un cierto cinismo jesuítico”, como el que figura en el capítulo XLIV, titulado “Evitar el escándalo”.

Y, para finalizar el apartado dedicado a sus ensayos azorinianos, incorpora unos llamados “Apéndices o apópsitos”. En ellos habla, por ejemplo, de la minuciosa labor descriptiva del escritor de Monóvar, quien anota todo cuanto ve, “coge de aquí un tornillo, de allí una ruedecilla, de acullá un zafiro. En su Obra no hay fantasía que pueda adular la sobria exactitud del panorama contemplado²⁰.” En tal sentido, relata una ilustrativa anécdota que le fue contada por Domingo Rex para que la incorporase al libro que estaba escribiendo sobre Azorín. Según cuenta Rex, en Monóvar le relataron lo que el todavía José Martínez Ruiz solía hacer con su amigo *Marcolán* en el casino de Monóvar:

Se sentaban, retraídos de los demás socios del casino, en un apartado rincón. Hablaban muy poco. A media tarde salían solos. Se encaminaban a un paseo alejado y poco concurrido. Llegaban. Se sentaban en un banco. Martínez Ruiz, sacaba de un bolsillo un panecillo. *Marcolán* sacaba un panecillo de su bolsillo. Martínez Ruiz sacaba luego una onza de chocolate. *Marcolán* sacaba luego una onza de chocolate. Martínez Ruiz comía en silencio. *Marcolán* comía en silencio. Los dos contemplaban el paisaje monótono desde el mismo banco.

¹⁸ Id., p. 103.

¹⁹ Id., p. 107.

²⁰ Id., p. 114.

Luego, ya de noche, bajaban al pueblo. Volvían sin hablar. Se despedían en la puerta del casino hasta el siguiente día...²¹

Y así día tras día, en lo que para Domingo Rex y César González-Ruano era un hecho “admirable” que reflejaba claramente “la austera emoción de “Azorín”.

Aparte de este libro ensayístico, la labor del crítico madrileño en relación con José Martínez Ruiz tiene su continuidad en varios artículos publicados en la prensa en la que él solía colaborar asiduamente. Así, el día 18 de abril de 1929, en el diario *Heraldo de Madrid* publicaba César González-Ruano un texto titulado “Vida diplomática, amorosa y literaria de don Juan Valera”. En dicho artículo, se refiere el periodista al hecho de que Valera nunca se preocupó demasiado por la vida literaria, puesto que lo que más le atraía era “la vida del gran mundo, figurar en él y gozar de él. Las ambiciones de Valera, dichas descarnadamente por él mismo, son: las mujeres y el dinero²²”. Y a estas afirmaciones del propio González-Ruano, añade la opinión manifestada por Azorín en el sentido de que una de las mayores pretensiones de Valera, desde su llegada a Madrid, fue la de incorporarse a la sociedad aristocrática.

El 13 de junio de 1929, en ese mismo diario, escribe González-Ruano sobre Clarín, y menciona el hecho de que, a partir del 13 de junio de 1901, fecha de su muerte, se empezaron a editar segundas ediciones de sus obras. “Esas segundas ediciones, prologadas por autores que no tienen venta –“Azorín”, por ejemplo- y que, naturalmente, no se venden tampoco²³”. Y, poco después, recoge una para él acertada opinión de Azorín: “Hay mucho de docente en el primitivo ‘Clarín’ –nos dice ‘Azorín’ con evidente acierto-“. Una opinión que González-Ruano puntualiza al afirmar que Leopoldo Alas: “Sufría desde su primer artículo o cuento ese deseo infinito, esa

²¹ Id., pp. 116-117.

²² César González-Ruano, *Obra periodística [1925-1936]*, Madrid, Fundación Cultural Mapfre Vida, 2002, p. 263.

²³ Id., p. 281. El artículo lleva por título “El crítico y su tiempo, Leopoldo Alas, ‘Clarín’ “.

angustia del hombre aún no formado que quiere con cualquier motivo decir todo lo que sabe. ¡Loable deseo y santa ambición en las letras, donde tan frecuente es que nadie pueda decir lo que sabe porque no sabe nada!²⁴”

En el artículo titulado “La cara del alma de Madrid. Postales viejas y nuevas”, publicado en el *Heraldo de Madrid*, de 6 de julio de 1929, inventa González-Ruano un personaje al que va a llamar don Ernesto y a cuya opinión va a someter una serie de postales viejas y otra de postales nuevas. A partir de la creación del personaje, el periodista establece con él un diálogo a través del cual don Ernesto le va contando la historia de lo que era el Madrid de los siglos XVII y XVIII, frente al Madrid de 1906 ó 1908 en que se encuentran asentados ambos interlocutores, y que tiene sus calles pobladas de chulapones madrileños, torerillos, tranvías, etc. Acabado ese largo recorrido, don Eduardo confiesa que está desorientado y que el vértigo moderno le marea, por lo que quiere retirarse a descansar. Pero el periodista le pide que aguante un poco más, para continuar con un breve diálogo entre ambos, con el que se cierra el citado artículo:

-Don Ernesto, espérese unos minutos. Voy a llamar a “Azorín”. Es preciso que tenga usted una lágrima después de eso. Dará usted unos paseítos por la habitación. Será usted nada menos que el anciano caballero. ¿Tiene usted alguna casa con biblioteca en un pueblecito?...

Suenan fuera bocinas de “autos”. Don Ernesto, sentado en su butaca de gutapercha, sonrío....

-Menudo lío va usted a hacer!...

Y tiene razón²⁵.

Y así sería si considerásemos que esa figura de don Ernesto bien podría representar el espíritu tranquilo, sosegado, del Azorín casero, que tanto gustaba de

²⁴ Id., p. 283.

²⁵ Id., p. 300.

recogerse en la soledad de su casa y de sus libros, en su rutina cotidiana, alejado del bullicio de las ruidosas calles madrileñas.

Con motivo de la no presentación del escritor alicantino Gabriel Miró para su elección como miembro de la Real Academia Española de la Lengua, González-Ruano publicó en el *Heraldo de Madrid*, de 27 de diciembre de 1929, un artículo titulado “Un sillón en la Academia. Gabriel Miró no se presenta candidato”. Al referirse a semejante decisión, tomada por un escritor al que él califica de “gentilhombre de las buenas letras”, relata González-Ruano cómo fue su encuentro con “un Gabriel Miró alto, un poco inglés, un Gabriel Miró con evidente parecido a Martínez Ruiz, ‘Azorín’. Mejor aún: Miró es físicamente como una lectora de ‘Azorín’ puede imaginarse a éste, como un ‘Azorín’ retratado por un pintor adulator²⁶.”

A continuación, recoge el periodista madrileño un texto correspondiente a la más que probable contestación de Gabriel Miró a su pregunta acerca de si había pensado alguna vez presentarse como candidato a la academia. Y en esa respuesta el autor de *El obispo leproso* alude a su amistad con el escritor de Monóvar:

-¿Académico? No, no... Ni he pensado en ello. ¿Dice usted que en otra ocasión presenté mi candidatura? Es algo muy borroso... La buena amistad de ‘Azorín’ hizo que él me propusiera. Acaba de publicarse *El obispo leproso*, y la torpe indignación de los que hacen propaganda clerical a domicilio había volcado verdadera basura sobre mi libro y mi nombre. Entonces el deseo noble de ‘Azorín’ tuvo algo de intervención de desagravio. Pero no tuvo acogida su idea. Fracasó inmediatamente. Yo no tengo amigos en la Academia, ni tampoco simpatizantes. Apenas podría contar tres... ‘Azorín’, Menéndez Pidal, el conde de la Montera... Hasta hace poco eran cuatro; pero acaba de morir Gómez de Baquero²⁷.

El 12 de junio de 1930, en ese mismo diario madrileño, ve la luz un artículo titulado “Castilla y sus exégetas. A propósito de un libro de F. Guillén Salaya”, en cuyo

²⁶ Id., p. 346.

²⁷ Id., p. 346.

primer párrafo encontramos una mención al escritor de Monóvar, en relación con el amor que él y algunos otros escritores han mostrado por las tierras castellanas:

Si existe en España un regionalismo literario, es éste de Castilla. Castilla ha sabido sugerir todas las incitaciones de lo externo, y también de lo hondo y sustancial. Nuestros más grandes escritores han encontrado en Castilla los elementos que consueñan precisamente con sus propios motivos. Este sentido nacionalista y aun regionalista, religioso y vernáculo de la tierra, ha creado, contemporáneamente, la mejor literatura de 'Azorín' y la más completa y diversa de don Miguel de Unamuno, en quien se humaniza el paisaje, haciéndose a través de sus libros una gran voz y un gran sentimiento, imprimiendo en el acento el máximo sentido exegético, cantando su Castilla del mismo modo que Barrés cantó los campos de su Lorena²⁸.

En relación también con la Real Academia Española, el día 29 de mayo de 1932 publicó en *Blanco y negro* el artículo "Un suceso literario: el premio Fastenrath. Una hora en la Academia Española y media hora junto al lecho de D. Ramón del Valle-Inclán". En dicho artículo da cuenta González- Ruano de cómo en esa ocasión se habían presentado al premio "don Ramón del Valle-Inclán, don Ángel Menoyo Portolés, don Mariano Tomás, *Julio Romano* y don Guillermo Hernández Mir. Cada cual con su novela o con sus novelas, porque don Ramón llevó tres con sus tres instancias, en propia mano, que entregó –según ha afirmado- al secretario de la Academia, señor Cotarelo²⁹."

A las nueve de la noche, el periodista, que hace guardia frente a la sede de la Academia, ve cómo empiezan a salir los *inmortales*: el marqués de Villa-Urrutia, el conde de Gimeno, los hermanos Quintero y, entre otros cuantos más, Azorín. Poco después se conoce la noticia de que ese año no se ha concedido el premio Fastenrath al no haberse alcanzado mayoría absoluta en las votaciones. Entre las explicaciones que

²⁸ Id., p. 399. Conviene recordar que los autores de la llamada Generación del 98 tomaron a Castilla como símbolo de España para reflejar en ella el contraste entre el pasado glorioso de la época imperial del siglo XVI y la decadencia que se estaba viviendo durante la crisis finisecular del XIX. A esa Castilla, ayer dominadora y que, a comienzos del XX, desprecia cuanto ignora –que decía Antonio Machado-, se refieren en numerosísimas ocasiones el propio Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Azorín, entre otros.

dan algunos de los académicos, González-Ruano recoge la de don Serafín Álvarez Quintero, quien confiesa que él había propuesto otorgar el premio a Valle-Inclán por el conjunto total de su obra, a lo que José Martínez Ruiz había contestado: “Sí –dice Azorín, que también le ha votado-; pero nos encontramos siempre con el Reglamento. El Reglamento dice bien claro que se ha de conceder el premio a una novela³⁰.”

En 1951 publica González-Ruano su libro de memorias *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Pues bien, en el capítulo II del libro primero, cuenta cómo sus padres fijaron la residencia familiar en Santander, concretamente en la calle de la Blanca, nº 42, y recuerda que a esa calle, tal vez la más típica del centro de la ciudad, “Azorín, que tan escasamente habla de nuestra tierra, la elogió en un artículo, llamándola, por cierto, la calle Blanca. De *la Blanca*, maestro, que es más bonito³¹.”

Al final de ese mismo capítulo se refiere a la costumbre que mucha gente tiene de rastrear en la vida de los familiares de una persona y, a ese respecto, cita un texto azoriniano, sobre el que, de paso, hace su particular valoración:

“Daba X mucha importancia a la influencia de la madre; le gustaba rebuscar en los diccionarios biográficos cómo había sido la madre de tal o cual personaje. Ni los biógrafos ni las enciclopedias se solían ocupar de cosa tan vital”, dice Azorín en sus *Memorias inmemoriales*, ese libro de su última hora literaria, tan hermoso como desgachado, y, aun con el rigor y calma de su prosa, tan desordenado y sin quererlo con tanto derrame de intimidad bajo la rigurosa sequedad de sus corazas³².

Más adelante, habla de cómo se le fue despertando el gusto por la lectura y la vocación de escribir, y comenta que, entre sus autores favoritos, figuran Rubén Darío,

²⁹ Id., p. 121.

³⁰ Id., p. 122.

³¹ *Mi medio siglo se confiesa a medias*, Barcelona, Noguer, 1951, p. 28.

³² Id., p. 35.

Pío Baroja, Azorín y Pérez de Ayala, así como Baudelaire, Verlaine, Maupassant y Poe³³.

En el capítulo IV del libro segundo, confiesa González-Ruano que hacia los veinte años ya tenía tomadas ciertas posiciones ante los libros y ante los hombres. Y una de esas posiciones lo era respecto de la llamada Generación del 98. “Sus ideas y su modo de hacer estaban más próximas a mis preocupaciones y manera de entender la literatura. Siendo tan opuestos, me gustaban hasta la exageración Baroja, Valle-Inclán y Azorín. Por concepto, pero sin despertar en mí ninguna simpatía, Unamuno³⁴.”

Por cierto, al hilo de esta mención a los autores del 98, nos recuerda González-Ruano que de una conversación con Baroja dedujo, no sin ciertas reservas, que “las tres personas que él en el fondo estima son Azorín, Marañón y quizá Ortega³⁵.”

Respecto del momento y la forma en que conoció a Azorín, señala que fue en el año 1923 cuando, un día después de haber conocido a Baroja, “me acerqué a Azorín en la pequeña librería de Caro Raggio, que estaba en las Cuatro Calles. [...] Alguna otra vez coincidimos en la Feria de Libros del Prado, pero yo no hacía sino saludarle. El hermetismo de Azorín se prestaba poco a confianzas.” Por eso el trato no comenzó hasta más tarde y recuerda haberle hecho “una interviú que no conservo, probablemente en 1925 o en 1926³⁶.”

A este respecto, cita González-Ruano algunos párrafos correspondientes a su libro *Siluetas de escritores contemporáneos* (1949), en los que se refiere a Azorín, y comienza hablando de la costumbre azoriniana de ahorrar palabras. Y, a propósito, comenta la visita que hizo a Azorín en su casa de Los Madrazo para agradecerle personalmente el comentario elogioso que éste había hecho de su libro *Baudelaire*

³³ Id., cfr. p. 62.

³⁴ Id., p. 121.

³⁵ Id., p. 129.

(1931). Cuenta González-Ruano que Azorín lo recibió en una salita fría y “sin carácter” y allí tuvo lugar una entrevista igualmente fría y sumamente breve:

Salió Azorín a aquella salita como una figura de cartón, casi inmóvil, correcto; se sentó frente a mí, y después de dos o tres palabras convencionales, de esas que no sabe uno si han sido simplemente supuestas, se quedó herméticamente callado, mejor aún, cerrado como una caja. Yo le expresé mi agradecimiento por el artículo que había dedicado a mi *Baudelaire*. Luego me callé también. Hubo un silencio denso, y de pronto Azorín empezó a hablar de Baudelaire y de la poesía francesa. Hablaba bien, muy bien. Pausadamente y muy parecido a como escribía: pensando las cosas y en párrafos bien contruidos y cortos.

Puedo decir que, roto el hilo, la conversación hubiera sido normal, de no entrar luego en otro bache de silencio, que ya, no sabiendo vencer por mi parte, aproveché para despedirme³⁷.

Posteriormente a aquella entrevista, tuvo varios encuentros con Azorín, casi siempre en los mismos lugares, dada la condición de hombre de costumbres del escritor de Monóvar. El último de esos encuentros fue en el invierno de 1945. “Le encontré muy bien para sus setenta y tres años. Su pulcritud, casi de *dandy*; su rostro afeitado; su abrigo, muy claro, le daban un aire casi juvenil. Le encontré muy parecido al retrato que acababa de hacerle Daniel Vázquez-Díaz, retrato de caballero inglés que vuelve de Egipto³⁸”.

Después de ese encuentro de 1945, González-Ruano publicó en la prensa un artículo titulado “Azorín se retira”. En él comenta lo raro que resulta que Azorín hubiera decidido “no volver a escribir para el público, o sea retirarse de su profesión”. Eso sería algo comprensible en un pintor, un escultor, un torero o un empleado, pero “en el escritor no hay ninguna razón para que rompa sus comunicaciones con el público, ya que el pincel y el buril del hombre de letras es la idea, son las ideas, y éstas viven en

³⁶ Id., p. 133.

³⁷ Id., p. 134.

³⁸ Id., p. 135.

mayor o más débil estado de lucimiento el mismo tiempo que vive el hombre por viejo que sea.”

Según afirma el articulista, respeta la que él califica como “melancólica decisión” de Azorín, aunque duda con incredulidad de que esa retirada se vaya a producir; primeramente porque está claro que el monovero sabe escribir bien –aunque él afirmara que la razón que le impulsaba a abandonar su oficio era que cada día se daba más cuenta de que no sabía escribir- y, después, porque cree que Azorín se está engañando a sí mismo, ya que ocurre que, en opinión de González-Ruano, no debería ignorar “aquel famoso verso que mejor que ninguno otro puede servir para aludir a la vocación literaria desde que fuimos tocados por ella. Él mismo ha empleado esas palabras en algunas de sus creaciones: ‘No le podrán quitar el dolorido sentir’³⁹”.

Otro artículo interesante es el publicado en el diario *Madrid*, el 17 de diciembre de 1953, bajo el título de “Diario íntimo 1953”. En él se refiere González-Ruano a que el viernes 11 de diciembre no había podido asistir al homenaje que el Instituto Francés rendía a Azorín, durante el cual el embajador de Francia le impondría las insignias de comendador de la Legión de Honor. En cambio, al día siguiente, por la tarde –estas entrevistas solían ser siempre a las seis de la tarde, según cuenta en diversas ocasiones González-Ruano-, visitó a Azorín en su casa, acompañado por Marino Gómez Santos. Y comenta que Azorín le mostró toda su casa, especialmente su biblioteca y su cuarto de trabajo, y, a continuación escribe:

He estado con “Azorín” casi dos horas. Está cuidadosamente, elegantemente vestido. Habla igual que escribe: con precisión. Me habló de muchas cosas, pero principalmente de cine, tema que le apasiona. Contra lo que

³⁹ Publicado en *Revista*, el 27 de noviembre de 1952. El verso que cita González-Ruano corresponde a la *Égloga I* de Garcilaso de la Vega, concretamente al cierre de la octava estancia de la lamentación del pastor Nemoroso, cuando, lamentándose amarga y desconsoladamente por la muerte de su amada pastora Elisa, exclama: “Por ti me estoy quejando / al cielo y enojando/ con importuno llanto al mundo todo: / el desigual dolor no sufre modo. / No me podrán quitar el dolorido / sentir, si ya del todo / primero no me quitan el sentido”. Efectivamente, este verso fue citado por Azorín como encabezamiento de algunos de sus textos, por ejemplo en su conocido libro *Castilla* (1912), justo al comienzo del hermoso relato titulado “Una ciudad y un balcón”.

podiera suponerse, puesto a elegir entre cine americano y europeo, prefiere el primero. Discurre sobre el cine español sin acritud, pero con descontento amargo. Me habla extensamente mal de una última película hace poco estrenada⁴⁰.

Escribe también el articulista que al día siguiente, domingo 13, Azorín le remitió una carta con el siguiente texto:

Querido González-Ruano: No quiero desagradar a nadie; ruégole que suprima el análisis de la película agraria. Las inadvertencias en los afanes rústicos por fuerza me han de chocar; he pasado parte de mi vida en el campo y hoy mismo uno de mis libros favoritos es el “Manual de agricultura”, de don Alejandro Oliván (1856), académico de la Española, admirable en su prosa. Escribo estas líneas en la noche intempesta; en la intempesta nocturnancia, que dijo Lope. Cordialísimo saludo. *Azorín*⁴¹.

El día 27 de ese mismo mes de diciembre, publicó César González-Ruano en el diario *Arriba* una “Conversación con Azorín”. Recuerda, en primer lugar, el día en que lo conoció, en la librería de Caro Raggio, según hemos ocasión de comentar más arriba. Después, pasa a describir su indumentaria y su aspecto físico, “correcta, elegantemente vestido, con un traje gris cruzado, corbata azul, camisa blanca, nítida. Los años le han ido concretando físicamente, dándonos un Azorín sintético, estilizado, severo, un Azorín puntuado en párrafo corto: un misterioso sajonismo ideal ha emergido del levantino de ayer, y este Azorín de hoy parece el hermano aristócrata y lejano que ha vivido en Londres, soñando con la vieja España, tal vez con Monóvar y Yecla”.

Tras comentar que la entrevista se produjo a la seis de la tarde en casa de Azorín, “una casa parlamentaria, una casa alfonsina, tranquila, señora, un poco sosa, intencionadamente sosa y dormida en un espejo”, señala que Azorín lo sentó debajo de

⁴⁰ De la conocida afición de Azorín por el cine da buena cuenta el volumen titulado *El cinematógrafo*, magníficamente editado por la editorial Pre-textos y por la Fundación Caja de Ahorros del Mediterráneo (Valencia, 1995), en el que se recoge una antología de textos relacionados con el arte cinematográfico, publicados por Azorín entre 1921 y 1964.

⁴¹ Id., id. Sin duda, Azorín está pidiendo a César González-Ruano que evite mencionar en su diario alguna mención realizada la tarde anterior respecto a esa película de la que habló tan mal. Y así lo hizo el articulista, puesto que en la parte del diario correspondiente a esa entrevista tan sólo menciona de forma genérica la afición azoriniana por el cine, sin referencia alguna concreta a esa mencionada película.

su famoso retrato de Zuloaga, antes de comenzar el diálogo entre ambos. Del maestro destaca su cortesía, su bien hablar, su amabilidad, su atención constante para que el invitado se sienta cómodo y, por supuesto, la parquedad de sus palabras:

-Sigo leyendo a nuestro Baudelaire. ¿Se acuerda usted de aquel artículo, hace mucho tiempo, que dediqué a su libro sobre Baudelaire?

-Sí, fue en el verano de 1931.

-Me sigue pareciendo Baudelaire no sólo un poeta perfecto, sino el perfecto crítico de arte. Él fue uno de los primeros wagneristas, él defendió apasionadamente a Delacroix [...]

-¿Lee usted o relee?

-Las dos cosas. Tal vez veo releo más que leo. Pero esto es también lectura y lectura nueva. Veo hoy, en libros de siempre, lo que no había visto antes.

-¿A quiénes está releyendo últimamente?

-A Calderón y Saavedra Fajardo.

Poco después, González-Ruano vuelve a preguntarle a Azorín por el tema del cine. Éste confiesa que va todas las tardes; que, con frecuencia, ve las películas dos o tres veces y que prefiere el cine americano, sobre todo por los actores. Del cine español afirma que no le gusta. “Para hacer una buena película hay que arrancar de un punto esencial: el guión. El guión ha de ser una obra literaria, y una obra literaria no puede hacerla más que un escritor. ¿Se sigue en España esa norma? No. Aquí menos que en ningún otro sitio. En Hollywood hay una crisis que se atribuye a la televisión. Yo no digo que la televisión no influya, pero creo que los guiones antiliterarios influyen todavía más. Películas dirigidas nada menos que por De Mille son lastimosas. Insisto en que el fundamento del arte literario es el estudio de las ciencias naturales, es decir, de las ciencias de observación. Esto ha parecido una extravagancia a los pitagóricos del cine y las consecuencias de ese desdén por la observación las pagamos todos los días en las películas españolas”.

Para finalizar la entrevista, el articulista vuelve a traer a colación el viejo argumento de la retirada de Azorín del mundo de las letras. A la pregunta de si es

posible que un escritor pueda retirarse, el monovero contesta con un escueto “No”. Y, a renglón seguido, apunta González-Ruano que hay “en el salón como una tristeza educada, flotando. Una tristeza de frac. Una tristeza intemporal. Igual podríamos estar en 1920, en 1930, en 1940, en 1950, en 1960”. Y a la pregunta de si Azorín y él estarían siempre allí, contesta Azorín: “Sí, mi querido González-Ruano, siempre”.

Como antes hemos tenido ocasión de comprobar, son varias las ocasiones en que César González-Ruano se refiere al aspecto físico de Azorín, a su sobria forma de vida, a su biblioteca, al retrato de Zuloaga que preside la chimenea de la casa, etc. Pues bien, estos aspectos vuelven a repetirse a lo largo de su artículo “Visitas intemporales. Azorín”, publicado en *ABC*, el 10 de agosto de 1957. Pero, además, en esta ocasión introduce el articulista dos novedades interesantes. La primera de ellas referida a su continuo pensar en el maestro Azorín, y la segunda relacionada con uno de sus temas característicos y omnipresentes en su obra: las nubes.

Respecto de su cariño y su recuerdo de Azorín, escribe González-Ruano:

Me acuerdo mucho de “Azorín”. La vida española, la visión española de lo universal están llenas de perfiles y trasuntos azorinianos. La finura de su visión, su amor por las cosas, su primor del detalle –lo grande no es sino cantidad de calidades-, la incorporación del desdeñado paisaje a la literatura, la recreación del mundo clásico, su poética y jugosa cultura –bien diferente a la seca cultura-, la gravedad intemporal que anima en el escritor toda circunstancia, el mismo juego del tiempo –lo que él ha llamado “sobre-realismo-, la delicada timidez de su persona y de su estilo me mueven a amoroso recuerdo. (En “Azorín”, esta timidez, que es como un respeto sobrecogido, me parece determinantemente fundamental para su entendimiento. En él, que quiso inútilmente ser orador, escribir es casi como un recurso pudoroso.)

Y, a propósito de este tema omnipresente en la obra azoriniana de las nubes, comenta González-Ruano que imagina a Azorín transformado en un “un labriego recién salido de entre las palmeras”, con su negro blusón y su bastoncillo en la mano. El aldeano sonrío y dice:

-Este bastón, querido Ruano, es para llevar el rebaño. ¿Y sabe usted cuál es mi rebaño?

Uno sabe que su rebaño son las nubes. Las maravillosas nubes que cantó Baudelaire.

-Querido maestro: si usted tiene tiempo, cualquier día vengo y dedicamos ese día a nubes. ¿Qué nos puede importar, ni a usted ni a mí, querido maestro, que nos digan que estamos en las nubes?ç

-Nada⁴².

Y, para concluir este repaso por los textos más significativos de César González-Ruano respecto de la vida y la obra de este maestro universal de las letras castellanas, nos fijaremos en el artículo titulado “Una obra ilustre, varia, ejemplar”, publicado en *La vanguardia*, el 8 de junio de 1963, justo el día en que Azorín cumplía noventa años. Dice González-Ruano que se encuentra en Mallorca, pensando en el maestro desde las rubias arenas de la playa de Alcudia, y lo imagina solo, con su esposa Julia, en su cuartito con chimenea francesa o en su salón isabelino, en donde escribe con su pequeña máquina y en donde lee sin gafas, a su edad, un libro clásico. Y, a modo de homenaje por su aniversario, le dedica las cariñosas palabras con las que se cierra el artículo:

En su noventa aniversario, lejos de Madrid, nosotros pensamos en Azorín. Y lo hacemos con admiración amorosa. La admiración sólo es un júbilo completo si va unida al cariño. ¿Y cómo se puede admirar lo que no se quiere? Muy mal creo yo. Es un grave contrasentido. La admiración ya es una forma del amor. Tal vez la más augusta, la menos efímera de todas.

Pensamos en Azorín. Lejos de él, quizá nunca le sentimos más cerca. ¿Qué es cerca y qué es lejos, querido maestro? También las distancias las llevamos dentro. Como máximo tendremos que recorrer la sangre que hay entre el corazón y la cabeza. En alguna ocasión ni siquiera eso, porque el corazón se nos sube a la cabeza o la cabeza nos ordena el corazón dentro de sus dominios.

Sí, querido maestro, eso sucede.

⁴² En efecto, el tema de las nubes es casi un tópico recurrente en muchas páginas azorinianas. No obstante, y por destacar uno de los episodios más conocidos y más significativos, conviene que el lector recuerde ese texto tan conocido y tan citado correspondiente al libro *Castilla* y más concretamente al relato titulado “Las nubes”. Dice Azorín: “Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son –como el mar- siempre varias y siempre las mismas. Sentimos, mirándolas, como nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas –tan fugitivas- permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo –en un momento de ventura- vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas, en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo...” Vid., *Castilla*, Madrid, Edaf, 1970, pp. 237-238.

Somero repaso, pues, por la interesante trayectoria de este estupendo escritor, articulista y ensayista llamado César González-Ruano, de cuyo estudio hemos tenido ocasión de aprehender muchas cosas, como esperamos que les haya sucedido a los lectores de este modesto trabajo: que hayan disfrutado con las palabras, precisas -unas veces objetivas y otras apasionadas, pero siempre acertadas y cariñosas-, cuidadas, estilísticamente atinadas y correctas y, al mismo tiempo, que sus palabras hayan servido para conocer más y mejor algunos retazos de la obra literaria de ese monovero universal llamado José Martínez Ruiz, Azorín.

Por nuestra parte, estamos seguros de que, todos los días, ambos continuarán con sus interesantes y amenas tertulias, probablemente a eso de las seis de la tarde, aunque ahora tienen mucho más tiempo libre, y con toda seguridad, mientras contemplan, ahora desde arriba, el constante devenir de las nubes.

Bibliografía utilizada

Azorín: *Castilla*, Madrid, Edaf, 1970.

González-Ruano, César: *Azorín, Baroja, Nuevas estéticas. Anotaciones sentimentales. Caprichos y horizontes de pirueta*, Madrid, 1923.

-----: *Mi medio siglo se confiesa a medias*, Barcelona, Noguer, 1951.

-----: *Obra periodística[1925-1936]*, Madrid, Fundación Cultural Mapfre Vida, 2002.

-----: *Siluetas de escritores contemporáneos*, Madrid, Editora Nacional, 1949.

Otra bibliografía de interés

Azorín: *El cinematógrafo*, Valencia, Pre-textos, 1995.

Risco, Antonio: *Azorín y la ruptura con la novela tradicional*, Madrid, Alambra, 1980.

Varios: *Azorín (1904-1924)*, Murcia, Publicaciones de la Universidad, 1996.